

SAN TEODORO EL SANTIFICADO

DISCIPULO DE SAN PACOMIO Y ABAD DE TABENNES¹.

Capítulo I.

San Teodoro fué el discípulo más querido de San Pacomio, y el gran ornamento de su orden. Los Griegos en su *Menologio*, en el 15 de mayo, le han dado el glorioso título de *Santificado*, el cual mereció por la economía y pureza de sus costumbres y por las grandes virtudes que mostró desde su infancia. Su familia era cristiana, rica y muy ilustre en la diócesis de Latópolis, en la Alta-Tebaida; pero este estado, lejos de deslumbrarle, le hizo comprender mejor la vanidad del mundo.

Penetróse más vivamente de este piadoso sentimiento en un día de la fiesta de la Epifanía, que se celebraba en su país con mucha solemnidad, y hasta con demasiada alegría mundana; puesto que se hacían en ella grandes festines, á los que mutuamente se invitaban los parientes y amigos.

Teodoro (Boll. v. S. ar. n. 23.), viendo los preparativos que se hacían en su casa para esta fiesta, se dijo á sí mismo: « ¡ Oh desdichado Teodoro! ¿ de qué te serviría llegar á ser, si pudieses, dueño de todo el mundo y gozar de todos los placeres pasajeros, si tenías la desgracia de ser privado de las delicias inmutables de la otra vida? No es posible

¹ Los Bolandistas.

entregarse á las de la tierra y obtener una recompensa de una gloria que no debe terminar nunca. »

Esta reflexion le hizo lanzar profundos suspiros. Retiróse al departamento más escondido de su casa y, postrado delante de Dios con el rostro pegado á la tierra, le dijo con lágrimas en los ojos: « ¡ Dios mio! yo no quiero nada de cuanto hay en el mundo. Solo os deseo á vos y vuestra divina misericordia. »

Mientras así oraba, su madre que le habia buscado mucho, entró en aquel departamento y, hallándole con los ojos bañados en lágrimas le preguntó con admiracion qué motivo tenia para llorar, añadiendo que habian pasado mucho cuidado por él, y que sus hermanos le buscaban por todas partes para que fuese á comer. Pero por más instancias que le hizo, suplicóle que le dispensase de ello y le dejase tranquilo, y permaneció encerrado en aquel departamento todo lo restante del día.

Tenia entonces de once á doce años, y aun cuando era tan jóven, se abstenía de manjares delicados, no comía sino una vez al día á imitacion de los monges, y algunas veces prolongaba su ayuno hasta el día siguiente por la tarde. Esto no le impedía de ir á la escuela para estudiar las letras humanas, á las que se aplicó todavía dos años; despues de lo cual, deseando renunciar totalmente al mundo, y habiendo obtenido para ello el permiso de sus padres, se retiró entre solitarios de una gran virtud de la diócesis de Lato-ple é hizo en su compañía sus primeros ensayos en la vida monástica.

Estos solitarios vivían durante el día como anacoretas y se juntaban todas las noches en un mismo lugar para hacer la oracion en comun y conferenciar entre sí sobre las divinas Escrituras. En una de estas conferencias, oyendo hablar con mucho elogio de San Pacomio y de su nuevo instituto, sintióse movido por un gran deseo á alistarse

bajo la disciplina de aquel gran patriarca. En el fervor de su movimiento, dirigió á Dios la siguiente oracion: « Señor, si sobre la tierra hay un hombre tan santo, os suplico que me concedais la gracia de verle y de vivir bajo su direccion, á fin de que con su auxilio pueda obrar la salvacion de mi alma. »

Continuó la misma oracion hasta muy entrada la noche; y al dia siguiente, Pecusio, uno de los religiosos más excelentes de Tabennes, á quien San Pacomio envió á Laptople para asuntos de su orden, habiendo ido á ver de paso á aquellos buenos solitarios, Teodoro se aprovechó de la ocasion favorable y le pidió con muchas instancias que se le llevase con él á Tabennes, lo cual le concedió.

Dios hizo sin duda conocer esto á San Pacomio por medio de una luz sobrenatural; porque el dia en que debía llegar Teodoro, dijo á sus discipulos que Pecusio le traía un niño de trece á catorce años, pero que era un vaso de eleccion, lleno del espíritu de Dios. En cuanto á Teodoro, al ver realizado su piadoso deseo, daba por ello durante el camino muchas gracias á Dios; y cuando desde lejos divisó ya la puerta de Tabennes y á San Pacomio que le salía al encuentro, su corazon se dilató tan fuertemente por una alegria sensible, que no pudo menos de manifestarla con muchas lágrimas. San Pacomio, por su parte, no le dió menores muestras de ternura. Recibióle con la bondad de un padre, y le miró como su hijo y su muy querido discipulo.

Teodoro no tardó en dar pruebas de su fervor; porque hallándose rodeado por todas partes de excelentes ejemplos de virtud, y estando poderosamente animado por las instrucciones de San Pacomio, emprendió con tanto ardor la obra de su perfeccion, que su zelo por adelantar no parecía conocer límites. Dedicóse sobre todo, al principio, á adquirir bien tres virtudes esenciales: la primera, una gran pu-

reza de corazon; la segunda, una exacta observancia del silencio; la tercera una pronta y sincera obediencia.

Por otra parte, no cedía á nadie en la fidelidad en guardar la regla y en asistir á todos los ejercicios, y en la perseverancia en las vigiliass y en la oracion, dirigiendo siempre la vista á lo que conocia, como más perfecto. Se adelantó tanto en la via espiritual que, aun todavía muy jóven, se hallaba en estado de dar consejos á los ancianos, y consolaba maravillosamente á los que estaban afligidos.

Esto no era un mediano motivo de consuelo para su padre San Pacomio, quien veía con ojos de santa complacencia los rápidos progresos de su fervoroso discipulo; y auguró desde entonces que Dios le destinaba para sucederle un dia en el cuidado de las almas.

Sin embargo, la madre de Teodoro sabiendo que estaba en Tabennes, quiso sacarle de allá, y para esto se presentó á él con cartas de algunos obispos. Hizole bajar al monasterio de las religiosas, desde donde envió sus cartas á San Pacomio y le hizo decir que si su hijo no quería abandonar el monasterio, al menos le diese el consuelo de verle.

El Santo hizo llamar al instante á Teodoro á quien declaró la intencion de los obispos que le habian escrito, y le dijo que fuese á dar á su madre la satisfaccion que deseaba. Teodoro le respondió con mucha humildad: « Os ruego, Padre mio, que me asegureis que Dios no me pedirá cuenta de esta visita en el dia del juicio, despues de las luces que me ha dado sobre la perfeccion religiosa. Y además ¿ no he de temer dar con esto mal ejemplo á mis hermanos, mientras que debo edificarles en esta ocasion? Si los hijos de los levitas en la ley antigua no ponian dificultad en sacrificar el amor de los padres por el cumplimiento de la ley de Dios; con cuánta mayor razon debo yo en la ley de Jesucristo hacerle un sacrificio del amor de mi madre? Yo me

miro como no teniendo ya nada en el mundo para mí, después de haber renunciado á él como lo he hecho, puesto que la figura de este mundo pasa. »

Era precisamente con estas disposiciones como San Pacomio quería encontrar á su discípulo. No quiso combatir las, y le dijo : « Yo no me opongo á vuestros sentimientos desde el momento que se trata de preferir á Dios á vuestra madre ; antes al contrario no puedo menos que confirmaros en ellos ; porque Jesucristo dijo que el que ama más á su padre y á su madre que á él, no es digno de ser su discípulo (Math. 10, 37) En esto sin duda consiste la verdadera perfeccion. Yo no dudo que cuando los santos obispos, que son nuestros padres, sepan vuestra resolucion, muy lejos de enfadarse, no tendrán sino alegría viendo que os habeis aprovechado en la virtud. En efecto, no se os puede imputar á crimen el dejar de amar á vuestros padres demasiado naturalmente, para no amarles más que en Jesucristo como miembros suyos, puesto que la carne de nada sirve. » (Job. 6, 64.)

Habiendo sabido su determinacion la madre de Teodoro, y no pudiendo esperar verle ya más si se volvía al mundo, tomó la determinacion de hacerse religiosa en el monasterio de mugeres que San Pacomio había fundado á la otra parte del rio, diciendo en su corazon que al menos tendría ella la esperanza de ver, cuando se presentase la ocasion, á su hijo en compañía de los otros religiosos, á más de que así trabajaría con más seguridad en la salvacion de su alma.

Sobre lo cual el autor de la Vida de San Pacomio (Rosw, v. Pach., c. 13.), segun la version de Denis el Pequeño, hace esta piadosa observacion : « Esto hace ver que aquellos que por el amor que tienen á Jesucristo y no por una vana ostentacion, usan de firmeza en semejantes ocasiones, pueden contribuir mucho al aprovechamiento de los de-

más en la virtud, aun cuando por un poco de tiempo parezcan ofenderles con esta severidad. »

No fué esta la única prueba que dió Teodoro de su renunciacion á las afecciones de la naturaleza. Habiendo venido su hermano Pafnucio á hacerse religioso, no se portó con él de otro modo de lo que lo hacía con los otros hermanos, lo cual afligiendo á Pafnucio que todavía no había llegado á aquel perfecto desapego, San Pacomio temió que esto no le descorazonase y dijo á Teodoro que usara de condescendencia, y que era una cosa laudable el acomodarse á la debilidad de los demás, sobre todo al principio de su conversion, á lo cual no dejó de conformarse Teodoro.

Bien podria ser que este Pafnucio fuese aquel discípulo de San Pacomio, á quien se llamó después el gran Pafnucio á causa de la eminencia de su piedad ; pero no tenemos de esto pruebas ciertas. Teodoro tuvo además otro hermano de más edad que él, llamado Macario que á ejemplo suyo se hizo religioso de Tabennes.

Él no solamente había hecho grandes progresos en el desapego de los padres, sino que los hacía todos los dias en el desapego de si mismo y en matar su propia voluntad.

Lo que de él cuenta su historiador es tan edificante que merece que no dejemos escapar una sola palabra de ello : « Teodoro, dice él, aun cuando muy jóven todavía, alimentaba su alma con un ardiente afecto de las puras y solidas máximas de las sagradas Escrituras. Fortaleciase más y más de día en día con la gracia del Espíritu santo. Procuraba imitar á su padre San Pacomio en todas las cosas como al mismo Dios. Y si sucedia que el Santo abad le reprendiese, no se escusaba jamás y recibía la correccion con humilde silencio, aun cuando algunas veces fuese inocente ; como cuando el Santo, por olvido ó inadvertencia, le daba órdenes contrarias ; porque entonces muy lejos de conde-

nar á su superior, decía dentro de su alma: « Este es un hombre de Dios y no cambia por ligereza, sino que siendo algunas veces sacado de sí por el Espíritu de Dios, me ordena cosas opuestas á mi voluntad para enderezarme mejor, ya que yo soy tan imperfecto. Por esto debo gemir delante de Dios, á fin de que me dé un corazón recto y siempre pronto á obedecer la voluntad de sus santos. »

Esta ciega sumision era tanto mas laudable en Teodoro cuanto que tenía un espíritu cultivado y luces que estaban sobre su edad; y si sus talentos le elevaron despues al primer lugar de la órden, puede decirse que una de las virtudes que le hicieron digno de mandar fué la de haber sabido perfectamente obedecer.

Así que San Pacomio no tardó en emplearle. Sirvióse de él en muchas ocasiones ya para consolar y fortalecer á los que estaban afligidos, ya para enderezar á ciertos espíritus indóciles, y en todas estas comisiones, mostró una destreza y una prudencia prematura.

Encontrando al Santo suficientemente firme en el espíritu de Dios, no titubeó ya en aplicarle á más difíciles funciones. Hízole ecónomo y superior de Tabennes; y aun cuando este cargo no era de un peso mediano para un religioso de treinta años, como era entonces Teodoro, quiso además que pasara la visita á los monasterios, con poderes de arreglar en ellos todas las cosas como lo hubiese hecho por sí mismo; y cuando hacía la visita en persona, decía ordinariamente que ejercía su cargo en comun con Teodoro, á quien habia dado su autoridad sobre los religiosos, como si fuera verdaderamente su padre espiritual.

Sin embargo Teodoro, muy lejos de envanecerse, viéndose á tal altura en una tan corta edad, no hacía sobre esto la menor reflexion; y ya como superior particular de Tabennes, ya como visitador de las otras casas, no mostraba más que humildad y zelo por el aprovechamiento espiritual

de los hermanos. « Aun cuando ocupase, dice su historiador, el primer lugar en Tabennes, se conducía allí como si no tuviera autoridad sobre los demás; Tan muerto estaba á su propia voluntad! Veíasele siempre por el espíritu elevado á Dios, en un ejercicio casi continuo, de su santo amor; pero esto no le impedía de tomar cuidado de sus hermanos. Velaba con una infatigable aplicacion sobre todas sus necesidades espirituales y corporales, y tenía el don maravilloso de la palabra que habia recibido de Dios y que producía en su comunidad admirables efectos. »

Pero como si sus talentos no bastasen todavía segun sus deseos para el consuelo de sus hermanos, no se contentaba con lo que les decía de su propio fondo, sino que iba todos los dias desde Tabennes á Pabau, en donde moraba San Pacomio, para oír sus instrucciones, de las que en seguida hacia partícipe á su comunidad antes de la hora de acostarse.

El don grande que habia recibido de Dios para alentar á los pusilánimes y consolar á los que estaban afligidos, hacia que durante el curso de sus visitas fuese recibido por todos los religiosos con extraordinaria alegría y diligencia. Bajo este punto de vista, se encontraba su conducta más consoladora que la de San Pacomio, el cual, aun cuando perfecto en todo, insistía casi siempre en sus instrucciones en las terribles verdades de la religion y sembraba el terror en las conciencias; mientras que Teodoro llevaba las almas á Dios más por la confianza que por el temor.

En una de sus visitas presentáronle un hermano acusado de haber hecho un hurto. Este hermano era inocente y jamás se hubiera puesto los ojos en el que era culpable, porque siempre habia pasado por un religioso muy fiel; pero este, turbado por los remordimientos de su conciencia, que le reprochaba su pecado, y el peligro en que se hallaba el acusado, pues no se trataba menos que de echarle